

Extranjería y hospitalidad, poética de los espacios enunciativos del sujeto en la poesía de Márgara Russotto

Lucía Andreína Parra Mendoza

Universidad de Los Andes

LISYL, NURR-ULA

luciaparra89@gmail.com

Resumen: En este texto se aborda desde la semiótica como metodología el tema de la extranjería en tanto espacio significativo a partir de la poesía de Márgara Russotto, escritora venezolana nacida en el extranjero. Se indagan algunos textos pertenecientes a los poemarios *Restos del viaje* (1969), *Brasa* (1973-1977), *Viola d'amore* (1981-1984) y *Épica mínima* (1995); en los cuales la extranjería se convierte en espacio semiótico en tanto condición de vida del ser a partir del desarraigo. Asimismo, es una extranjería que desborda los espacios físicos y se representa como una condición de extrañeza del sujeto respecto de sí mismo. El enunciante vive la experiencia de ser "otro", y allí la extranjería se convierte en campo profundamente significativo a partir de isotopías como la ajenidad y la desolación respecto al propio ser. En medio de su escisión interna, pudiéramos decir que es la palabra poética el espacio donde el sujeto intenta armonizar sus desencuentros. De allí que una de las conclusiones a las que se llega es que es el lenguaje, a través de la palabra poética, una forma de resguardo del sujeto; a decir de Derrida (2008), amparo abierto, hospitalidad poética.

Palabras clave: Extranjería, semiótica, ser interior, poesía.

Poéticamente vive el hombre sobre la tierra porque es el único modo humano de habitar, el que viene dado por la "cuadratura" de los dioses, el cielo, la tierra y los hombres. Si faltan el poetizar y el pensar entonces no se habita, se vive errante, desarraigado entre representaciones y estructuras artificiales.

Luis Uriarte.

En este texto se aborda, desde la semiótica como metodología, el tema de la extranjería en tanto espacio significante a partir de la poesía de Márgara Russotto, escritora venezolana nacida en el extranjero. Se indagan algunos textos pertenecientes a los poemarios *Restos del viaje* (1969), *Brasa* (1973-1977), *Viola d' amore* (1981-1984) y *Épica mínima* (1995); en los cuales la extranjería se convierte en espacio semiótico en tanto condición de vida del ser a partir del desarraigo. Asimismo, es una extranjería que desborda los espacios físicos y se representa como una condición de extrañeza del sujeto respecto de sí mismo. El enunciante vive la experiencia de ser “otro”, y allí la extranjería se convierte en espacio profundamente significante a partir de isotopías como la ajenidad y la desolación respecto al propio ser.

Siguiendo las consideraciones de Jacques Derrida (2008), el problema del extranjero constituye el “suplemento peligroso”. Ese “otro” que por migración, exilio, peregrinación, expatriación; vive la experiencia de la extranjería, se convierte en el extraño que amenaza la integridad del sujeto de casa, de la nación, del Estado... Lo que significa que el extranjero, para poder acceder al derecho de la hospitalidad debe cumplir con diferentes condiciones que le son impuestas por el dueño de casa; esto es, debe asumir las costumbres del grupo de acogida para lograr dejar de ser una amenaza en el nuevo espacio.

Desde esta perspectiva, el extranjero corre el riesgo de quedar sin defensa ante el derecho del país que lo recibe; el emigrante es sobre todo extraño a la lengua del derecho en la que está formulado el deber de hospitalidad en una lengua que por definición no es la suya. El anfitrión o el dueño de casa, le impone la traducción en su propia lengua y esta regla constituye la primera violencia, es decir, que el extranjero, para poder ganarse el derecho a la hospitalidad que le ofrece el dueño de casa, debe desplazar parte de su visión de mundo y asumir una cultura distinta a la suya, que no obstante, comienza en la lengua. Se le exige al emigrante comprendernos como dueños de casa a fin de poder acogerlo entre nosotros. Siendo así, ¿Dónde queda la identidad del extranjero, su visión de mundo, su subjetividad? Tal parece que su integridad, su identidad también se ve amenazada.

Imponer al extranjero una lengua distinta a la suya constituye también una amenaza a su interioridad, parece que el derecho a la hospitalidad se vuelve una contradicción porque no tienen posibilidades las diferencias, no existe armonía sino profundas disimilitudes que afectan a quien se ve obligado a asumir las condiciones del dueño de casa. Al adoptar no solo otra lengua sino otras costumbres y creencias, lo ajeno se vuelve parte de la nueva condición de vida del emigrante; lo ajeno se hace parte de su visión de mundo porque en ocasiones o muy frecuentemente el extranjero se resiste a abandonar su origen, y con este, su lengua como el lugar donde permanecen sus creencias. Para Derrida “Las «personas desplazadas», los exiliados, los deportados, los expulsados, los desarraigados, los nómades, tienen en común dos suspiros, dos nostalgias: sus muertos y su lengua” (2008: 91)

En la lengua se mantienen los orígenes del ser; ella mantiene su esencia, su identidad. La lengua como nostalgia del ser resguarda su pasado, es su memoria y también su morada, su auténtica morada. En la lengua, y por consiguiente, en el lenguaje se funda el ser “El Ser del hombre se funda en la Palabra” (Heidegger en García Bacca; 1969: 24). Mediante la palabra se nombra el ser, en ella mora su esencia. A este respecto, Derrida continúa y se pregunta:

¿No representa el propio-hogar que jamás nos abandona? ¿Lo propio o la propiedad, la *fantasía* al menos de propiedad que, lo más cerca posible de nuestro cuerpo, y ahí vol-

vemos siempre, daría lugar al lugar más inalienable, a una especie de hábitat móvil, una vestimenta o una carpa? La llamada lengua materna; ¿no sería una especie de segunda piel que se lleva sobre uno, un propio hogar móvil? ¿Pero también un propio-hogar inamovible puesto que se desplaza con nosotros?” (Derrida; 2008: 93).

El extranjero reconoce la lengua materna como su última patria, como su última morada. Aun si tiene que alejarse de su lugar de origen, la lengua es esa unidad que constituye pensamiento y visión de mundo, es una forma que tiene el sujeto de preservar su identidad, sus creencias y el sentido de sus costumbres. En sus reflexiones a partir de Derrida, Anne Dufourmantelle (2008) considera que se debe “pensar la lengua madre como una metáfora del «propio-hogar en el propio-hogar del otro» -un lugar sin lugar que se abre a la hospitalidad- y que como tal da indicios acerca de la esencia de la hospitalidad” (2008: 92). La lengua madre sería el lugar de verdadera hospitalidad del sujeto emigrante. Por lo tanto, si se le obliga a sustituir la lengua de origen ¿Dónde puede resguardar su interioridad el ser extranjero? Dufourmantelle continúa sus reflexiones y hace la siguiente interpelación:

¿en qué deviene un pensamiento cuando de entrada está separado de sus raíces, sin que haya habido siquiera transmisión de un sentido? Y ¿en qué deviene el ser humano cuando se lo desposee, no de las cosas ni siquiera de su casa, sino de lo que lo une a la interioridad? (2008: 124).

Pudiéramos decir que en medio de estas circunstancias el extranjero no solo es ajeno a la nueva tierra sino también se convierte en una especie de extranjero de sí mismo.

La lengua constituye uno de los puntos vulnerables por el cual se ve trastocada la subjetividad del emigrante; la extranjería se convierte en espacio de enunciación que más allá de lo físico, es también un espacio simbólico profundamente vinculado a la interioridad del ser a partir de esa experiencia de lo *otro*. La emigración lleva al sujeto a instalarse en un lugar de no-pertenencia, de no-reconocimiento; lo que estructura un espacio semiótico por excelencia desde esta particular visión de mundo.

De esta manera, cuando la extranjería se convierte en hacer estético, la experiencia de la emigración se percibe como tránsito que refleja todo lo que va viviendo el sujeto en los espacios de su interioridad. Lo que se traduce en un comprender el universo de sentidos que se construye desde la condición de extranjería. En este sentido, la experiencia de la emigración crea una visión de mundo particular a partir de vivencias que se quedan en el interior del ser y desde el cual este intenta encontrar un lugar de resguardo que en ocasiones solo encuentra en la palabra; pues como plantea Derrida “Es la poesía, amparo abierto, la que puede sustraerse; con ella, él; con ella, nosotros” (2008: 9). En este sentido, desde la palabra, es la poesía fundación y resguardo del ser.

Márgara Russotto, escritora venezolana de origen italiano, emigra muy joven a Venezuela, y esta condición se ve profundamente representada en su poesía. La escritura poética de esta autora está entretejida por los hilos semánticos de la extranjería. Dicho por la misma escritora, la experiencia de la extranjería significó para ella una escisión interna, un verdadero conflicto interior. Por lo tanto, vivir la experiencia de lo “otro”, ser “otro” en una cultura ajena, construye una poesía donde la inmigración se vuelve el tema del sujeto y la disolución de todas sus certezas.

La poesía de Russotto se enuncia desde los espacios cotidianos, en el poemario “*Restos del Viaje*” se percibe el contacto directo con el hacer doméstico en tanto oficios de lo femenino, y esta otra condición –lo femenino-, le hacen sentirse en una doble exclusión. En la poesía se devela un cierto sentimiento de no-comunión con el espacio inmediato, y a partir de allí, las formas de metaforizarse se ilustran desde lo abyecto, lo excluido “*el cadáver de una mosca flotando en el lavabo/ movimientos inconclusos de un bigote bajo la axila/ restos de un ardor nocturno/ hedor de pies/ hedor de orina/ lástima de uno mismo y de la mañana/ así amanezco yo...*”. Lo cotidiano, que constituye el espacio inmediato de enunciación, se mira desde lo extraño, haciendo de sí mismo, a su vez, un ser de la abyección.

Cabe destacar que la experiencia de la extranjería comienza con el viaje como tránsito hacia el desarraigo, y en la poesía de Mágina Russotto esta experiencia surge desde la memoria de la emigración a manera de isotopía desencadenante que permite la circulación de otras isotopías implícitas en la condición de extranjería que vive el sujeto. En el poema “*Restos del viaje*”, se rememora la inmigración como desplazamiento hacia un lugar no definido:

Entre movimientos de piedra caminamos.

(...) Yo

iba,

en el pabellón de la oreja las olas del mar yendo

y viniendo,

cerca de los pies niños

preguntando por nuestros errores.

Resistencia a perder el último día de libertad.

El camionero seguirá indefinidamente más allá

del brillante asfalto

éramos como hendiduras de hachazos entre las rocas

y nos iba poseyendo poco a poco el

orgasmo demoníaco del mar.

El viaje se evoca como tránsito que no describe hacia donde se dirige: “*el camionero seguirá indefinidamente más allá*”. Un “allá” sin lugar definido, se camina hacia un lugar no descrito, lo que supone un viaje hacia lo incierto. Para Gina Saraceni “el viaje será el desplazamiento entre un lugar de partida y uno de llegada que supone para quien lo realiza la adquisición y la pérdida de algo” (2011: 81). En este sentido, para el yo lírico este viaje en tanto memoria de la emigración

supone una “*resistencia a perder el último día de libertad*”, lo que significa que estar en la extranjería es estar encarcelados, pero es también, estar heridos, escindidos por dentro “*como hendidura de hachazos entre las rocas*”. Pues la única certeza del extranjero es que en su desplazamiento se dirige a un lugar al que no pertenece, un lugar “*exactamente sin nación/ y sin libertad*”, esto es, hacia el desarraigo. El ser extranjero tiene conciencia de su condición y es esa su única certeza “*Pero de raíces/ ni el recuerdo/ Carecemos/ Fuera del cuerpo que nos abriga/ que puede acariciarse torpemente/ ninguna tierra pasta*”.

La isotopía del viaje surge como memoria de la emigración; desde lo inmanente el ser rememora el viaje como tránsito hacia el desarraigo, y en ese evocar los caminos al exilio, la soledad se percibe como verdadero e inevitable destino por el que transita el sujeto. En la rememoración del viaje, el ser experimenta un profundo vacío, los campos enunciativos se transfiguran en espacios de la soledad a partir de la simbolización de imágenes dentro del texto poético.

a lo mejor
 si
 digo que
 he puesto mis zapatos a cocinar sobre la hornilla
 podría parecer que estoy hablando en surrealismo
 pero no
 lo que pasa es que los pongo a secar de inmemorables
 lluvias
 los pongo a chisporrotear de su profundo cansancio
 los pongo a dorar para atenuar su dureza
 les hago revelar la morbosidad de viejas sustancias
 curtientes
 en un intento por derretir los caminos de la soledad (pag. 11)

Caminos de la soledad que simbolizan la inmigración, el tránsito hacia el desarraigo; son caminos cargados de historias, de profundo cansancio. Es, al mismo tiempo, la metáfora de los caminos del enunciante por tránsitos de dolor. Por lo tanto, la soledad, esa sensación de desolación que mana de los poemas se convierte en el motivo poético de fondo, es decir, una forma de poetizar a partir de sentimientos de nostalgia y melancolía del yo lírico desde su condición de extranjera.

Desde los espacios cotidianos cada palabra fluye revelando los sentimientos de desolación del sujeto en medio de su soledad, es lo que constituye la poeticidad en la escritura de Mária Russotto. Siguiendo los postulados de Jakobson podríamos afirmar que la dominante textual surge de una estética del lenguaje en la cual cada palabra es sentida desde la interioridad del sujeto enunciante “*hundirse en la mesa desierta/ masticar de los cuadros cada lágrima/ tragar arena/ y perecer*”. Es el sentimiento de desolación que envuelve al yo lírico a partir de la simbolización de las imágenes poéticas. La mesa desierta, lugar que en otras circunstancias sería un espacio de la armonía y el compartir; y también, los recuerdos familiares metaforizados con la aparición de los cuadros, elementos que suponen una especie de muerte del ser, muerte interior a partir de lo que se pierde en la experiencia de la emigración. La ausencia de los seres queridos, es en parte, uno de los motivos de peso de la profunda nostalgia del yo lírico, “*oceánica tristeza*” a la que nada llena, tal como se enuncia en otro de sus poemas.

A través de los textos se va construyendo la imagen del emigrante como un ser escindido que no encuentra conexión con la realidad inmediata justamente por ser un lugar ajeno a sus costumbres y creencias, un lugar sin memoria de los ancestros, y por lo tanto, un lugar de la no-identidad, donde no existe un reconocimiento de sí.

La extranjería surge entonces como un no-lugar, siguiendo lo que al respecto plantea Marc Augé “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como espacio relacional ni como histórico, definirá un no-lugar” (Augé; 83). Siendo el extranjero habitante de una tierra ajena, ésta no guardará para él historias en las cuales reconocerse, ni dónde encontrar sus raíces.

Desde esta perspectiva, la imagen del emigrante se funda desde un profundo sentimiento de desarraigo. El emigrante solo hereda una tierra por azar “*no ha podido darte más que una tierra casual/ ninguna certeza/ salvo la conciencia de ti*”. En el poema “Herencia” se describe la realidad del emigrante a partir de la imagen de la madre quien solo le ha podido dar una tierra casual, una tierra incierta, donde no hay memoria ni hay raíces en las cuales reconocerse como ser. Por lo tanto existe un sentimiento de desarraigo, una falta de identidad en la tierra donde se habita. Al no haber tierra propia tampoco se tienen certezas de sí mismo.

Desarraigo, desolación, dolor, incertidumbre, entre otros; son parte de los ejes temáticos que constituyen la imagen del emigrante y que en la poesía de Mária Russotto delinear esta figura a través del hacer poético. En el poemario “*Épica mínima*”, se ilustra un *Dibujo de emigrantes*, en el que a partir de la dedicatoria se vislumbra parte de la realidad del sujeto extranjero “*A mis padres que lo olvidaron todo y a sus amigos sicilianos que aun recuerdan en vano*”. Así como también, un epígrafe donde el yo lírico se reconoce en su desconcierto “*a mí/ sed justos/ atribuidme tanteos/ tribulaciones/ digamos/ toda opacidad de escritura/ y confusión/ de existencia*”.

De esta manera, se entra en un universo simbólico en el cual el ser se metaforiza a sí mismo, y la realidad la describe a través de las distintas imágenes simbólicas. En el poema “Definición del urubú”, la simbolización del ave de rapiña quiere ilustrar la imagen del ser extranjero. El ave en tanto imagen poética se simboliza como ave del camino “*Urubú es lo que circula el vuelo/ y le abre un cordón de sombras a la carroña del camino/ cuando la sequía mueve su escalera/ de huesos/ y ojalá el viento siguiera*”. Ave de la que nadie sabe su procedencia, ave negra, de sombras como el ser extranjero, sin origen, sin raíces, que transita por un vuelo en las sombras del exilio.

Y en esas sombras se funda la tristeza “*Y cuánta tristeza no habría/ si pudiera ahora tocar/ tu cuerpo firme/ en el olvido/ con la mirada toca sin fin/ esta encallada incomprensión/ del urubú*”. De esta manera, la tristeza surge como el universo de significaciones desde donde quiere enunciar-se el yo lírico como una necesidad de hacer sentir su desolación, la inmensidad de su nostalgia, de su melancolía. De allí que en el poema “Explicación de un adjetivo” la tristeza sea el eje de significaciones del sujeto en su necesidad de expresar su sentir.

¿puede acaso la tristeza ser
otra cosa que oceánica?
pura liquidez sin escurrir es el océano
que en nada permanece
y rompe
más que el mar lo es

que algún tropiezo de gaviota extraviada
puede sorprenderlo
maderos que flotan después de naufragios
humedades pequeñas velas moluscos
como corriendo un niño pueden
atravesarlo de dulzura
vegetación aunque escasa lo consuela
lo rozan
peces transparentes hombres flexibles
abren sus brazos y lo bailan
lo miran
en la misma intimidad
de su clara corrosión
Pero nada puebla la indiferencia del océano
Océano es mar extraviado irrecuperable
entrampado en la idea de eternidad
pensamiento ocioso sin cosa
amable
en que verterse
Demasiado lejos sueña
el instinto de costa ya perdido
su recuerdo de casa humeando música
desde manos circunstanciales
que escriben el amor
demasiado inútil su furia lo estremece
lo aturde de tempestad ocasional
ningún otro estado
lo embarga
que no sea desolada fluencia
tristeza impecable
naturaleza propia de sujeto
ungida a su mismo nombre. (pp. 113).

Es la inmensidad de su tristeza que quiere simbolizar el yo lírico, tristeza que no solo se refiere a las cosas dejadas en el pasado, los recuerdos familiares, sino una nostalgia de sí mismo, es un extrañarse a sí mismo en el abandono a las cosas que constituyen su pensamiento y visión de mundo, es una manera de ilustrar un ser que ya no está en sí mismo. Pudiéramos volver con Derrida y comprender un sujeto al que, para poder acceder al derecho de la hospitalidad debe asumir varias condiciones, entre ellas, acoger la lengua del dueño de casa desplazando la suya. Esto es, adoptar una lengua extraña a la suya, como parte de su incorporación a la nueva cultura, y en ese proceso, el ser sufre ciertas desgarraduras, no pudiendo, en todo caso, conservar su propia lengua como «hogar-propio en el propio-hogar ajeno», tal como lo ha reflexionado Dufourmantelle.

En algunos poemas de Mária Russotto, se percibe una simbiosis entre las lenguas. No obstante, además de significar un proceso de transculturación como parte de la nueva “identidad” del

ser extranjero, las imágenes poéticas van sobre la interioridad el enunciante quien solo pide una lengua precisa, muda de adjetivos, tal vez una lengua desde la que sea posible llenar el vacío del ser.

(...)

se trata de *ficar encantado*

así

«*ficar encantado*»

gesto irreversible

sin eco

sin *saudade*

o lo que es lo mismo

sin tener nostalgias

de uno mismo

añorando la amistosa complicidad

de uno mismo

viéndose lejos

imagen de otros

atrapado y perdido

en la retina de otros

digamos *perduto*

y no *presunto*

que por un lado es *supuesto*

homicidio u otras diversiones

y por el otro

no puede plantearse aquí

palabra con olor de *jamón*

tan desprestigiada

¡Oh!, señor, basta,

te ruego

dame más bien

no una tiendita de tabacos

como lo quería el viejo Pound

con sus relucientes frascos

de picadura de Virginia

y la visita de alegres prostitutas

que si son

puro *corazón*

sino una lengua precisa

muda de adjetivos

vasallos de engañar

y que no sirven al describir

una gramática de predicación unívoca

sin la traición de los sinónimos

plácida y palpitante
 desnuda de analogías
 porque en el vacío resbala
 toda analogía
 ante la exacta superficie de un huevo
 capaz de traducir
 no ambiciono
 la misteriosa redondez del huevo
 sino apenas
 por ejemplo
 capaz de enunciar
 definitivamente
¡qué cansancio
nel cuore!

De esta manera, una lengua precisa surge como la necesidad del ser de habitar un lugar, de encontrar armonía en su interior. En este sentido, ¿Cómo ofrecer al sujeto de la emigración una lengua donde pueda armonizar nuevamente su ser? Esta lengua no es más que la poesía, el lenguaje poético como verdadero espacio del habitar humano. El lenguaje, según Heidegger, es precisamente la casa del ser; surge como el único lugar posible donde auténticamente puede hospedarse el ser. Es el lenguaje poético, amparo abierto, tal como la ha referido Derrida, es la poesía la auténtica hospitalidad, la que puede ser capaz de hospedar al ser, de fundarlo aún después de sus desgarraduras.

Para García Bacca “No se sabe bien ninguna lengua, por mucha gramática natural o cultivada que se sepa, si quien la habla no ha hecho de la tierra: de su tierra natal y de su tierra adquirida, morada por la poesía” (1969: 7). El extranjero habita en tierra incierta, en tierra ajena, y esto va a entretejer un conjunto de incertidumbres en su interioridad. No obstante, al poetizar, el ser puede fundarse a través de la palabra “Poetizar es, esencialmente, fundar el Ser en palabras” (Heidegger en García Bacca; 1969: 57). Es sentir cada palabra y expresarla desde lo más profundo aún en medio de sus desgarraduras, tal como la hemos observado en la poesía de Mária Russotto, pues como se enuncia en uno de sus textos, el poema revienta “*en el desconcierto de nuestra pobreza/ insólitamente traspasada por la luz*”.

El poetizar en Russotto se convierte entonces en el hecho de representar una experiencia de vida a partir de cada imagen que constituye el universo de su hacer estético. Desde diferentes tópicos se teje un eje de significaciones que simbolizan el mundo íntimo del yo lírico. La poesía en esta escritora surge como el espacio desde el cual es posible resguardar el ser, y esencialmente, nombrarse en su realidad.

Referencias Biblio-Hemerográficas:

- AUGÉ Marc. 1993. *Los no lugares, espacios del anonimato: Una antropología de la sobre-modernidad*. Barcelona, Gedisa.
- DERRIDA, Jacques; DUFOURMANTELLE, Anne. 2008. *La hospitalidad*. Buenos Aires, Ediciones de la flor.

HEIDEGGER, Martin. 1969. Hoelderlin y la esencia de la poesía. Mérida: Universidad de Los Andes, Talleres gráficos universitarios. Traducción y Comentarios de Juan David García Bacca.

JAKOBSON, Roman. Ensayos de Lingüística General. Barcelona: Editorial Seix Barral.

RUSSOTTO, Mágara. 2005. *Obra poética*. Mérida, El otro el mismo.

SARACENI, Gina. 2001. «La herencia dispersa en un relato de Matilde Sánchez» en *Voz y Escritura*. Año 2001, No. 19, enero-diciembre 2001, pp. 79-93.

URIARTE, Luis. «Heidegger y la Poesía como manifestación de la verdad» en *A Parte Rei: Revista de Filosofía* 34, pp. 2